

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Bernabé Dalmáu, monje de Montserrat
25 de enero de 2009
Jon 3,1-5.10; 1Cor 7,29-31; Mc 1,14-20

Queridos hermanos y hermanas:

Si san Pablo pudo satisfacer el deseo expresado en la carta a los Romanos de traer el Evangelio al extremo de Occidente, a Hispania, no se debió dejar deslumbrar, al llegar, por la imponente acrópolis de la Imperial Táraco romana. Más bien, transitando entre las humildes construcciones a ambos lados de la desembocadura del Francolí, debió recordar aquellas palabras que una noche, en Corinto, en una visión, el Señor le dijo: No tengas miedo; continúa hablando, no calles. Yo estoy contigo, y nadie te pondrá la mano encima. Aquí en Corinto tengo un pueblo muy numeroso" (Ac 18,18-19). Esto tendría lugar hace unos dos mil años. "Ministro de Cristo Jesús para con los gentiles" (Rm 15,16) fue, de hecho, su divisa desde la conversión fulminante.

Siglos antes, un profeta, Jonás, también deseó pisar nuestra arena, pero con una finalidad absolutamente contraria a la voluntad de Dios. Llamado a predicar la conversión a Nínive, tuvo que sufrir un naufragio porque desobedeció al Señor. Un temporal de levante –de esos que un salmo ya avisa que destrozan las naves de Tarsis (cf. Sal 48/47, 8)- le hizo pasar tres días y tres noches dentro de un monstruo marino que lo tragó; le sirvieron para que él se convirtiera y su caso fuera -en palabras de Jesús (cf. Mt 12, 39-40)- la señal del cielo que Dios enviaba en los tiempos mesiánicos. Y aquí empieza la lectura primera de hoy: Jonás es invitado a proclamar la conversión: "Vete a Nínive, la gran ciudad". Si Hispania, para los antiguos, designa el territorio más occidental del mundo conocido, Nínive era la capital del imperio asirio, y, por lo tanto, al oriente de Israel.

De las dos primeras lecturas de hoy, relacionando la afirmación del libro profético que "Nínive era una gran ciudad" con la recomendación paulina de "que el momento – presente- es apremiante", podemos centrar la reflexión en el papel que tenemos los cristianos en el mundo actual. El lema ya lo sabemos; con él inicia Jesús su misión: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio".

¿Qué diferencia hay entre los objetivos que nos proponen Jonás, Pablo y Jesús? Ninguna. "Porque la representación de este mundo se termina", el objetivo es idéntico: la urgencia de convertirse, de volverse hacia Dios. Lo que cambia es el decorado: Corinto o Tarragona no son Nínive, ni menos aún la plácida Galilea del tiempo de Jesús. Sin embargo, estemos donde estemos, somos ciudadanos de una urbe grandiosa que es el mundo entero. Nos afecta no sólo lo que pasa en Barcelona, sino que estamos pendientes -tanto si lo queremos como si no- de lo que ocurre en Washington, Bruselas, Madrid... y también en la Franja de Gaza, Irak, Afganistán y cualquier lugar del mundo donde haya sufrimiento. Quizás ésta es la vez que tomamos más conciencia del carácter mundial de una crisis económica que llega de una manera u otra a todo el mundo. Realmente, ahora y aquí, Nínive es una gran ciudad, tres días hacen falta para recorrerla.

Por poco que nos abramos al mundo, la grandiosidad de la misión que nos confía Jesús -es decir, ir hacia él y ser pescadores de hombres- nos podría agobiar. En nuestro tiempo, y a pesar de la crisis, hay, como en todas las épocas, muchos reclamos de evasión para no ir a Corinto, a Hispania o a Nínive, o para no atravesar el

lago de Galilea; nos lo predica incluso el autobús urbano. Pero al desencanto que, a fin de cuentas, produce cerrarse a la voluntad de Dios y a las necesidades de la humanidad, la palabra del profeta responde con optimismo: "Creyeron en Dios los ninivitas". Más optimismo todavía expresa el evangelio: "Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron".

Esta prontitud de los ninivitas, de los apóstoles de primera hora y de san Pablo, que se consideraba un advenedizo, nos facilita y al mismo tiempo dificulta nuestra respuesta. Nos la dificulta si alegamos que la conversión de Pablo fue una iluminación cegadora, o que a los discípulos pescadores les era fácil sentir un atractivo especial hacia Jesús, o que la argumentación de Jonás provocó que "se vistieron de saco, grandes y pequeños". Pero al mismo tiempo la experiencia misma de la vida cristiana ya nos facilita el camino para responder con prontitud al llamamiento de Jesús. Sí, la fe es una prueba dura, y también la esperanza, la caridad y todas las otras virtudes. Ahora bien, en medio de las pruebas y de las dificultades hay una cosa que nunca falla, que ni siquiera podríamos destruir: la misericordia de Dios. Los tres personajes mencionados -Jonás, Pablo, Jesús- la palparon y por eso fueron fieles a la misión de Padre. Fijaos que el mensaje cristiano está lejos de una religiosidad natural que nos solucionase problemas y nos diera una mera tranquilidad de espíritu. Por grandes que puedan ser los consuelos de Dios, nuestra fe es puesta continuamente a prueba, y diría que la caridad todavía más. Por eso un cristiano no se puede hacer a medida un dios ni promover un diálogo interreligioso blando. Que Dios es bueno, que Dios no nos fallará nunca, que nos ama sin límites, eso es la Buena Nueva en que tenemos que creer. Y el resto nos será dado por añadidura.

No es fácil tener una fe bien purificada, pero tampoco es imposible, como nos lo demuestran tantos cristianos por toda la tierra. Con unas palabras muy densas, lo escribía un pensador francés del siglo pasado: "El Dios cristiano es discreto. Ha puesto una apariencia de probabilidad en las dudas que conciernen su existencia. Se ha rodeado de sombras para hacer meritoria la fe y, sin duda, también para tener el derecho de perdonar nuestro rechazo. Hacía falta que la solución contraria a la fe conservara verosimilitud, para dejar completa libertad de acción a su misericordia" (Jean Guitton, cit. por V. Messori, Por qué creo, p. 293).

Ciertamente, Dios es tan misericordioso que permite que la razón humana pueda dudar de su existencia o de su bondad. Pero sepamos que, incluso en caso de que lo rehusamos, él se reserva el derecho de perdonarnos. Y lo ejerce antes de que sintamos necesidad. Ante esta realidad que forma parte de la Buena Nueva que recibimos y que tenemos que predicar a ejemplo de la discreción de Dios, quizás la plegaria del salmo que hemos cantado resume la actitud que tenemos que tener: "Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas". Así podremos llevar una vida según la voluntad de Dios y podremos dar en abundancia frutos de buenas obras en nombre de tu Hijo predilecto (cf. Colecta).